

MANOLITA DEL ARCO PALACIOS

Bilbao, 20 de abril de 1920

Madrid, 20 de enero de 2006

APUNTES DE RECUERDOS DE RECUERDOS

Miguel Ángel Martínez del Arco

Enero de 2017

“Y nos desesperábamos donde solo había injusticia
y nadie se alza frente a ella.
¡Qué tiempos estos en que hablar
sobre los árboles es casi un crimen
porque supone callar sobre tantas infamias!
...la ira contra la injusticia
pone ronca la voz. Desgraciadamente, nosotrxs,
que queríamos preparar el camino para la amabilidad,
no pudimos ser amables” (Bertold Brecht)”

Pero, ¿eso ocurrió?

Esta es la pregunta habitual cuando la gente que no estuvo se enfrenta al relato de la gente que resistió a la dictadura franquista. No solo es fruto del desconocimiento, como si habláramos de circunstancias acaecidas hace mil años en parajes remotos. Es la respuesta elemental ante el cómodo discurso imperante, que ha cubierto todo de olvido, o peor, de una pringosa capa con sabor a cuento rancio, “otro cuento alrededor de la guerra civil”. Al habernos hurtado nuestra memoria se nos ha robado también nuestra historia, y hemos perdido buena parte de ese espacio que nos “sitúa” como sujetos frente al mundo y el tiempo que nos toca vivir. Un tiempo que aparece torpemente desplegado ante nosotrxs

como resultado de la nada o como simple efecto de componendas de otros, de algunos personajes o de las élites, en los que las personas comunes no parecemos ni invitadas.

Sí, todo ocurrió. Eso le pasó a la gente de este territorio hace escaso tiempo, a nuestros padres y a nuestras madres, a nuestras abuelas y a nuestros abuelos. Pero la pregunta es otra: ¿hubo dignidad en la sociedad de aquellos años? Sí, eso pasó, le pasó a la gente que conservó la dignidad bajo la dictadura y que se enfrentó a ella.

Eso pasó, aun cuando hoy se sigue insistiendo en que el olvido y la impunidad se justifican como el fruto amargo de la democracia. Y cuando lxs protagonistas hablan o sus descendientes convocamos su voz ya ausente para dotarnos de palabras justas, se pide silencio, como si fuera una interferencia, una “incomodidad” en la construcción de la memoria colectiva. Para que escondamos la memoria común en el ámbito privado, para que no molestemos, para que no interrumpamos el oficial relato *feliz* de la Transición.

En la historia de la humillación no puede haber perdón ni olvido. Pero sobre todo, los relatos de apariencia personal no pueden quedarse en el ámbito de lo meramente individual. Su valor estriba en lo común, en que nos revela y nos coloca.

Ocurrió, y es lo que nos explica. El valor de este relato es ese, la vindicación de la resistencia y de su memoria.

Estas páginas hacen referencia a una mujer con nombre y apellidos, con presencia en las fotos y en algunos libros de historia, a la que yo conocí porque era mi madre. Pero la clave es que como ella hubo otras, cientos, miles, cuyas vidas eran únicas e intransferibles, pero cuyas circunstancias son similares o, en todo caso, muestran un ovillo con las hebras parecidas.

Lo que sigue son mis recuerdos de los recuerdos de mi madre y sus amigas y compañeras, y corresponde por consiguiente a una expresión de la subjetividad.

I. Mujeres de la clase obrera en el período de entreguerras.

“Nosotras también ganamos esa huelga a golpe de tacón. La historia no camina marcha atrás” (Anita, mujer minera asturiana tras la huelga de 1962)

Manolita nació en Bilbao en 1920. Era hija de Alicia, una mujer de origen campesino, del valle de Karrantza en Vizcaya, cocinera y prácticamente analfabeta. Alicia a los 13 se fue a Bilbao a servir, como tantas otras. A los 18 quedó embarazada de su novio, un ferroviario sindicalista. No se casó, y quedó estigmatizada por el embarazo y por el abandono de su pareja. Con 19 años parió una niña y se vio obligada a dejarla en el hospicio. La historia hubiera acabado ahí, como pasó con tantas otras, pero una oportunidad apareció en su vida:

la posibilidad de emigrar a trabajar a México...Y así lo hizo, pero antes rescató a su hija Manolita del hospicio y se la dejó para cuidar a una conocida, ama de cría y esposa de un minero, de la margen izquierda de la ría, en Gallarta. Regresó a los 4 años, y mientras tanto envió religiosamente dinero para su mantenimiento. Su trabajo de cocinera en Veracruz y el DF sacó a su hija de una miseria asegurada, o de algo aun peor.

Muchas mujeres de los campos de Vizcaya llegaron a la ciudad industrial a trabajar. Eran mano de obra necesaria y barata para la nueva burguesía de los altos hornos y las minas. Migrantes campesinas que se proletarizaron y que apenas encontraron elevador social para mejorar sus vidas. Alicia vivió siempre en la pobreza, como cocinera, como analfabeta, envejeciendo prematuramente hasta su temprana muerte a los 49 años. Se casó posteriormente con otro sindicalista y tuvo otros 4 hijos, pero tres murieron siendo niños.

Manolita corrió otra suerte. Como hija de madre soltera su papel se desdibujaba en la familia, pero había sobrevivido a la desaparición forzosa, al olvido. La familia campesina ideó una alternativa: enviarla a Madrid con una tía, la tía Mariana, que muchos años antes había emigrado a la capital igualmente para *servir*. Se trataba ya de una mujer mayor, casada con un pequeño comerciante del barrio de Chamberí que tenía una carbonería en el número 3 de la calle Caracas. Por esas aparentes casualidades de la vida, había *servido* durante décadas en casa de Ramón Pi, el hijo de Pi i Margall, presidente de la I República. Su contacto con esa familia progresista y honesta le permitió a ella salir de la suerte a la que estaba destinada y estudiar, descreer de los mandatos y hacerse militante de Izquierda Republicana. Y no tenía hijos. La tía aceptó a su sobrina con una condición, posiblemente cruel: la niña no tendría nunca más trato con su madre ni con el entorno del que provenía. ¿Por qué algo tan excesivo? Quizá porque como muchas otras personas que con muchísimo esfuerzo personal logran salir de una pobreza endémica de origen, vuelcan luego el rechazo a todo lo que dejaron atrás, como si se tratara de una losa.

Estamos ya en Madrid, al final de la dictadura del Primo de Rivera. El régimen surgido de la Restauración está hecho añicos. Una cadena secuencial de la labor de algunas mujeres ha situado a Manolita en este marco: su madre “mancillada” por un novio tan pobre como ella que desaparece, un ama de cría esposa de un minero que sobrevive de dar cuidados a hijos ajenos, una tía que fue “sirvienta” durante décadas y que detesta sus orígenes, o quizá se avergüenza de ellos. Una cadeneta de cuidados...

II. La República, la guerra...

“Desnudas frente a frente vi, de una parte, la sempiterna, la inmortal reacción española, viviendo siempre entre la ignorancia, superstición e intolerancia, en una edad media suya propia; y de otro, las fuerzas de una España joven cuya oportunidad parecía llegada” (Luis Cernuda)

Manolita estudia en un colegio público, pero para realizar el bachiller elemental y luego el superior accede a un colegio laico ligado a modelos educativos progresistas. La República ha llegado como un vendaval y para ella, y otras chicas como ella que han podido acceder a la educación, se abren posibilidades no pensadas: becas, lecturas, círculos de estudio y la ebullición de la situación política. Ella y sus amigas entran en relación con la Asociación de Muchachas, con jóvenes socialistas y comunistas, y en concreto en su caso con la Agrupación “Salud y Cultura” y con el Socorro Rojo Internacional; más tarde con el Radio oeste, la agrupación comunista de la zona. Un cierto ascensor social le ha llevado –a ella y a muchas- a los núcleos donde el movimiento obrero se construye. Y comienzan a definirse no por su ascendencia de clase, sino por la conciencia de la misma; quizá también alguna sutil conciencia como mujeres... Son años de oro.

A los 16 años ha culminado un bachiller especializado que entonces se llamaba “intendente mercantil”. Estamos en 1936, en junio. Se matricula para comenzar la carrera de Derecho en la Universidad Complutense y se afilia casi al tiempo a la Federación de Estudiantes Universitarios y luego a la Asociación de Mujeres Antifascistas presidida por Pasionaria.

Pero el intento de golpe de estado estalla ese mes de julio. En Madrid es derrotado, y parecía que sofocarlo en otras partes del país sería una labor corta. En esos días, comienza a colaborar con una oficina improvisada por Mujeres Antifascistas en el barrio de Chamberí para apoyar a los milicianos y, a las pocas semanas, trabaja en las oficinas del Batallón UHP.¹ En octubre de 1936 se afilia directamente al PCE y comienza a trabajar en el Radio Oeste haciendo labores administrativas. Al principio como “voluntaria”, pero los meses pasan y el golpe se convierte en guerra: las tropas levantadas están cada vez más cerca de la capital, que se ve cercada y desabastecida. A fin de octubre la situación se hace extrema y el gobierno republicano traslada a mucha gente hacia Levante y Cataluña temiendo lo peor. En noviembre (al tiempo que las Brigadas Internacionales llegan a la ciudad) Manolita cambia su trabajo en el Radio Oeste y se traslada como personal de apoyo administrativo a la Comisión de Cuadros del Comité Central del PCE, en el edificio confiscado en la calle Serrano.

Durante los casi 3 años que Madrid está cercado –y que resiste- permanece allí. Se dedica a ello en cuerpo y alma, continúa en Mujeres Antifascistas y en Mujeres Universitarias, visita a las tropas que aguantan el frente en la sierra de Madrid, colabora con las faenas de organización en el barrio, en el reparto de alimentos, en el cuidado de mayores... no son

1 Batallón “Unión Hermanos Proletarios (UHP)”. Esta consigna surgió al calor del movimiento revolucionario de octubre de 1934 en Asturias fruto de la alianza entre socialistas, comunistas y anarquistas y se utilizó luego durante la Guerra Civil.

labores de voluntariado como las entenderíamos ahora: son tareas de militancia, y siempre son colectivas. Se integra en el “Batallón de mujeres Rosa Luxemburgo”, donde realiza prácticas básicas de defensa, el uso del fusil... Siempre pudo repetir con orgullo su aprendizaje para montar y desmontar una ametralladora en 7 minutos. Luego, esas mujeres desfilaron por Madrid y Manolita con sus compañeras aparecen en las fotos del desfile por la calle Génova que fueron famosas.

Aunque nos sorprenda, para ella y para su gente son también tiempos de alegría, de construcción, de formación... Siempre recordó la guerra como “la mejor época de mi vida”. “Había una camaradería tremenda entre todos y una gran fraternidad. Querías a la gente, a los camaradas, fueran hombre o mujer, daba igual (...) con una amistad auténtica, como yo no he vuelto a ver después. Esa camaradería que tan bien recuerdo hizo que aquellos años, aún en plena guerra, fueran para mí de una verdadera felicidad”.² No hay que entender esta expresión como una frivolidad. A la fuerza esas jóvenes se convierten en adultas, y se ven impelidas por responsabilidades que, desde nuestra perspectiva actual –donde parecemos infantilizados hasta casi llegada la treintena, o más-, nos parecen monumentales. Pero elaboran pensamiento y lo convierten en acción consciente; generan amistades y vínculos afectivos que durarán toda su vida; pasean, van a mítines, ven las películas soviéticas que se exhiben en los cines de la Gran Vía, se enamoran, van a fiestas y a verbenas populares... Trabajan hasta la extenuación, convencidas de que van a ganar la guerra, porque representan al gobierno legítimo, porque luchan contra la injusticia y la barbarie frente a quienes la favorecen. Porque su convicción, la convicción positiva del movimiento obrero –y de otros- es que el mundo avanza a nuestro favor, pero...

Algunas historias recientes muestran interesadamente a las mujeres militantes de la época como meros apéndices de sus parejas (parece que estaban ahí acompañando a sus novios) o como fruto de una adversidad de clase asumida desde la inconsciencia (pasaban por allí, siempre *casualmente* estaban en aquel baile o aquella reunión, nunca comprendieron con claridad pero su hermano era miliciano...). Sin embargo, como siempre, las mujeres estuvieron donde pudieron y a veces donde quisieron, o al menos ese es el recuerdo que Manolita y sus amigas y allegadas han trasladado hasta mí. Sí, edificaron –suntuosas o simples- preciosas elaboraciones para comprender el mundo y situarse en él, pusieron alegría y buen ánimo en ello, amor y humor, generaron relaciones de afecto y de cuidado que supusieron una urdimbre incalculable para la vida, pero nada fue fruto de la casualidad ni de la inconsecuencia. Si no lo fue en los albañiles tampoco lo fue en las costureras...

En marzo de 1939 sobrevino el golpe del Coronel Casado en Madrid. Era un golpe provocado por una parte de las fuerzas republicanas, un sector del Partido Socialista y otro

2 Testimonio recogido por Antonio Gómez en 1992. *Comunistas. Memorias de lucha y clandestinidad*.

del anarquismo. Pretendían llegar a un acuerdo con el ejército sublevado. Es difícil imaginar como las mujeres y los hombres que rodeaban a Manolita, militantes de base, no sospecharan lo que se avecinaba, pero en todo caso no lo intuyeron lo suficiente.

III. La clandestinidad, la detención.

“Una no escoge el tiempo para venir al mundo; pero debe dejar huella de su tiempo. Nadie puede evadir su responsabilidad. Nadie puede taparse los ojos, los oídos, enmudecer y cortarse las manos.”. (Gioconda Belli)

Manolita fue detenida el 5 de marzo de 1936 a la puerta del Comité Central del PCE por un golpista de Casado. Fue llevada a una comisaría cercana de la calle Serrano, tan atiborrada de gente que estuvo un día y una noche entera sin poder sentarse; luego fue conducida al colegio de los Salesianos de Atocha y finalmente a la casi recién estrenada Prisión Central de Mujeres de Ventas; sería su primera visita para un largo recorrido posterior. Allí se encontró con otras muchas mujeres a las que conocía de la militancia o conoció a otras nuevas, sus amistades de “dentro”, de la cárcel. Creo que no entendían qué pasaba, no daban crédito a que, sobre todo, lxs comunistas hubieran sido encarcelados y –pienso- no vislumbraban que la guerra estaba perdida. Fue como un impasse, doloroso, pero improbable. Lo años de oro habían acabado, empezaban los largos años de plomo.

Salió de la cárcel el 27 de marzo de 1939, tras un mes en el penal de Ventas, un aperitivo para lo que vendría después. Al salir quedó alucinada viendo a los soldados marroquíes o a la guardia civil custodiando las calles. La “guardia mora”, las fuerzas de ocupación del ejército franquista tomando el Madrid tres años sitiado. Era la derrota y el absoluto desconcierto. ¿Qué hacer, adónde ir? La vida arrasada, como caída por el precipicio. Si su primera intención, además de llegar a su casa y tranquilizar a su familia, era reconstruir los lazos, tender redes, no hubo tiempo. A los tres días una nueva detención, esta vez directamente de “honorables” caballeros vestidos con la camisa azul. “Esa puta roja se viene con nosotros”. Se trataba de una detención extrajudicial, de una tropelía urdida por algún vecino, de un chivatazo... La trasladaron a la “checa” que los falangistas habían abierto en la calle Almagro 36, un no-lugar, una estancia donde detener, golpear, torturar a lxs derrotadxs. Sin apenas comida, casi sin agua, sin ningún contacto con el exterior, esperando algo que no iba a ocurrir. Así transcurrió el mes de abril, cumplió 19 años y adivinó la fragilidad de nuestros sueños. El último día del mes salió rumbo a la comisaría de la calle Rafael Calvo, donde uno de los nuevos policías del régimen la fichó y la puso en la calle, con un papel y la obligación de presentarse al día siguiente, y todos los días sucesivos hasta nueva orden.

Caminando llegó a su casa y tomó una decisión: huir esa misma noche. Las redes aún existían, las familiares y las políticas. Un amigo del PCE le consiguió un billete de tren, aunque no una documentación falsa, que le entregó en la estación del Norte: pondría rumbo a Bilbao con una dirección en el bolsillo, la de su madre. Escondida a tramos en los servicios

del tren llegó por la mañana a una ciudad por completo desconocida, se dirigió a la calle 2 de Mayo en La Vieja y, cuando tocó la puerta con los nudillos supo que, por primera vez – como en un folletín de la época- conocería a su madre. Luego juntas construyeron una relación de complicidad y de ternura que duró hasta el final.

En Bilbao entró casi inmediatamente en contacto con el PCE, cambió de aspecto y de nombre (Begoña García) y recibió una encomienda: servir de enlace con Realinos Fernández, secretario general de Partido Comunista de Euskadi, escondido en un caseo del monte Artxanda, a las afueras de Bilbao. En esas labores, y limpiando casas y escaleras, y urdiendo relaciones con marinos mercantes ingleses para saber la marcha de la guerra mundial recién estallada y para enviar a las personas en mayor peligro fuera de España, pasó el primer año. Y luego, un nuevo cometido, un nuevo cambio de personalidad y de aspecto: se debía trasladar a Donosti para convertirse en la gestora de una cadena de jugueterías que era a su vez una tapadera de una de las primeras redes organizativas de su partido. Un nuevo nombre (Dolores García, Lolitxu), el aspecto de una joven de la burguesía, y a trabajar. Una red de viajantes de comercio de juguetes recorrían el territorio organizando la resistencia, entrando en relación con la incipiente guerrilla antifranquista, estableciendo bases en las ciudades, generando rutas de paso a Francia, que pronto sería también un lugar inseguro ocupado por las fuerzas nazis. Ella misma viajó en situaciones no por jocosas menos peligrosas a Madrid; en una de esas ocasiones conoció a un militante que estaba infiltrado en la Falange, y que la recibió ataviado con camisa azul; se llamaba Ángel Martínez.

Parte de 1940 y 1941 transcurrió así. Combinando una vida “normal” con labores que ahora se nos antojan novelescas. Mientras tanto, la represión hacía singular mella en todas partes, las organizaciones de resistencia sucumbían y se levantaban en movimiento constante, los pequeños espacios de defensa en los juicios en Euskadi se iban construyendo (a veces en relación con militantes nacionalistas), en una especie de carrera contrarreloj que pudiera permitir involucrar a la España de Franco en la guerra junto a las potencias del eje, y a las fuerzas antifranquistas con las potencias aliadas. Eso, después de asumir el trance amargo del pacto germano-soviético...

A mediados de 1941 sobreviene un gran colapso: la policía descubre el valor de la cadena de juguetes y se presenta en Donosti. Una nueva intuición, crecida de la clandestinidad y de la represión, antes inexistente, ha aparecido, y Manolita es consciente de la caída apenas por minutos. En una huida de película corre por la playa de La Concha, logra despistar a la policía, dismantelar su piso lleno de pruebas y de algún militante escondido y emprender la fuga. Increíbles avatares la llevan, tras varias semanas, a La Coruña, donde logra ponerse en contacto de nuevo con antiguos contactos conocidos en la guerra o antes. Visto ahora, la crónica de la huida resulta trepidante, de película... pero no hay películas españolas que traten esta serie negra, ¡lástima!

Convertida en institutriz de un preboste del franquismo logra permanecer en La Coruña unos meses. En tanto, sus camaradas de la juguetería, la mayoría, han sido detenidos en distintas ciudades de España y juzgados, condenados a pena de muerte y posteriormente fusilados.

El aparato represor franquista no era un artilugio ineficaz. Quizá careciera de la sofisticación y las habilidades que tuvo la Gestapo, pero se comportó con notable capacidad a la hora de tratar de arrasar cualquier atisbo de resistencia: era un complejo sistema de aniquilación que, por una parte, intentaba eliminar mediante la cárcel, el asesinato extrajudicial o el fusilamiento “legal” cualquier vía de rebeldía; por otra, pretendía –y conseguía– generar el terror en las gentes, en las ciudades y en los campos, en un proceso sistemático de anulación de cualquier insubordinación.

Desde Madrid el infausto Carlos Arias³ se trasladó personalmente a La Coruña cuando un desliz, una cita mal planeada, una nota sin suficiente seguridad le puso en guardia: Manolita del Arco se escondía en la ciudad, bajo un pelo rubio y una identidad falsa. Y sobre ella pesaban suficientes cargos para convertirla en una pieza valiosa para el régimen.

IV. La cárcel.

“Soy la espuma que avanza y cubre de blanco el borde superior de las rocas, soy también una muchacha, aquí, en esta habitación”. (Virginia Woolf)

Detenida en La Coruña y tras escasos días en la comisaría central de la ciudad, Manolita fue trasladada a Madrid, a la Dirección General de Seguridad. La DGS era un lugar de oprobio; hoy, convertida en la aséptica sede gubernamental de la Comunidad de Madrid en la Puerta del Sol, apenas logra expresar a quien lo mira que fue un recinto de horror, el icono de la tortura. Y lo fue hasta 1977 por lo menos. Lugares que deberían haberse convertido en espacios memoriales y de significación respetuosa para las miles de personas que allí permanecieron detenidas y torturadas, se aparecen ante la ciudadanía limpiamente aseados: los restos de sangre, los gritos, han sido lavados.

En la DGS permanece 3 meses. Bajo tortura constante, como muchas otras. No conozco a ninguna mujer de la época que haya querido contar con detalle sus torturas, pero fueron aterradoras: desnudadas, zurradas con palos, con porras y con cinturones, quemadas

³ Carlos Arias Navarro ocupó distintos cargos en el franquismo: en los primeros 40 fue fiscal del Tribunal contra la Masonería y el Comunismo –estrecho colaborador, por tanto, de la policía del régimen–, luego gobernador civil en varias provincias, posteriormente Director General de Seguridad, alcalde de Madrid, ministro del Interior y último presidente del gobierno del general Franco. A la muerte de éste, se mantuvo en el cargo al comienzo del reinado de Juan Carlos de Borbón.

sobre todo en los pezones con los cigarros de los sicarios del régimen, colgadas de las piernas... Se trataba de que hablaran, y sin duda algunas personas no pudieron resistir y lo hicieron. Pero la mayoría calló, aguantó. Todas tienen el mismo valor.

La tortura no solo responde al desplome despiadado de los gendarmes de un régimen concreto. Refleja algo más: “Puedo detenerte, puedo encarcelarte, puedo quitarte tus posesiones aunque sean escasas, puedo anular tus planes de futuro”. La tortura, especialmente en el caso de las mujeres, es un acto de guerra: “Puedo desnudarte, puedo mancillarte y violarte... puedo quitarte tu cuerpo”. Existieran violaciones formales o no, para las mujeres en la DGS cada tortura suponía una violación: insultadas en su condición de género, desnudas frente a hombres que las violentaban y las zaherían. Ellas ponían sus cuerpos, porque el cuerpo de las mujeres era una posibilidad de trofeo y una posición bélica.

Se trataba también de extender el terror, en las detenidas, en sus familiares, en la población. Hablar de la DGS era hablar del espanto. Cuando por fin eran trasladadas a las prisiones tomaban su encarcelamiento como una liberación, tal era el nivel de dureza, de las condiciones de las celdas en los sótanos de la DGS, sin agua y sin apenas comida, sin ningún contacto, solo temiendo la hora en que de nuevo te subían cada día al interrogatorio.

La llegada a Ventas supuso un enorme respiro. El encuentro con tantas amigas y conocidas, el descubrimiento de nuevas realidades, de nuevas mujeres. Estaban aún hacinadas, la cárcel modelo construida por Victoria Kent en plena República para servir de ejemplo a las instituciones penitenciarias se había convertido en un almacén ingente de mujeres de todas las extracciones y todos los pelajes, un depósito de *rojas*.

La cárcel de Ventas fue, al menos en la década de los 40, el paradigma de las cárceles de mujeres del estado español. También Les Corts, Saturrarán, Amorebieta, etc., pero quizá ninguna representa ese escenario increíble donde mujeres presas conviven y sobreviven en circunstancias inimaginables, por poco tiempo o por años, en espera de juicio o tras el mismo. Amontonadas, sin condiciones de salubridad, con las familias haciendo colas interminables para luego sucumbir entre gritos en los locutorios, con las misas obligatorias y las monjas carceleras. Sí, porque no hay que olvidar que además de funcionarias en las cárceles españolas las monjas han actuado como carceleras: inmisericordes, pertinaces contra mujeres extenuadas, retorcidas en sus pequeñas torturas cotidianas, esas monjas.⁴

En la memoria que me queda de esas mujeres casi todos los nombres me resuenan en diminutivo: Paquita, Juanita, Tomasita, Pili, Elvirita, Ceci, Pepita, Mari, Isabelita, Manolita....

4 En 1942, Manolita recuerda alrededor de ocho mil presas; en cada celda diseñada para dos mujeres se hacinaban hasta 8 o 9 mujeres. “Parte de una vida”, en *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas* de Tomasa Cuevas (2004).

Y así un larguísimo etcétera. Desde nuestra visión, se nos aparece como un proceso sostenido de infantilización o de empujamiento de las mujeres militantes, mientras los hombres nunca eran nombrados con diminutivos, sino con sus nombres como tal o, más aún, con sus apellidos. No se nos esconde que detrás se oculta una intención concreta de domeñar, de colocar la labor de las mujeres por debajo de la sus compañeros hombres: el patriarcado estaba muy presente también en la militancia de la izquierda. Años después, en los 70 y los 80 estas mujeres fueron consideradas de otra manera y algunas Juanis se convirtieron en Juanas y algunas Manolitas en Manuelas. Sin embargo, viéndolo ahora en la distancia, casi parece un acto de rebeldía hacerlas permanecer en su grandeza desde la bondad de sus nombres diminutos.

En Ventas no había solo presas políticas. Estaban también las “comunes”, lo que luego hemos denominado presas sociales. Mujeres que habían robado, que habían estafado o se habían dedicado al estraperlo; y muchas mujeres que se prostituían, a las que denominaban “piculinas”. No hacen falta grandes análisis para explicar en los 40, en el momento álgido de Ventas, su presencia, en medio de la miseria, la escasez de alimentos, el frío, el desempleo, la represión... y el miedo. Fueron también una punta de lanza de la resistencia, incluso a su pesar; todavía hoy igualmente a la espera de reconocimiento, más olvidadas aún. Para ser ecuánimes, y aunque se transitaron espacios de solidaridad entre las presas políticas y las comunes –muchas veces relacionados con los ámbitos creados para el aprendizaje, o para el cuidado de lxs niñxs- los caminos de ambas discurrieron en paralelo, sin muchos puntos de convergencia. No obstante, la huelga de hambre de Ventas, en enero de 1946, se producía en solidaridad por la incomunicación de una presa común que se negó a coger la comida, “un cazo de agua sucia caliente”; la huelga duró 6 días y las reclusas consiguieron lo que pedían: el levantamiento del castigo y la mejora de la comida.

Su juicio ante el Tribunal contra la Masonería y el Comunismo, presidido por el coronel Eymar, se celebró el 5 de junio de 1943. Manolita había sido unida a otro expediente, pues el suyo ya se había celebrado. Desde los días en la DGS entró en relación de nuevo con Ángel Martínez, que se convirtió en su contacto en la cárcel de hombres de Porlier y que estaba integrado en el nuevo expediente en el que había sido incluida. Luego, en los días del juicio volvió a coincidir con él, y lo extraordinario es que en los escasos momentos que pudieran permanecer juntos en la sala o en los pasillos, tuvieron tiempo para establecer una suerte de noviazgo, un compromiso que duró los 18 años y pico que pasarían encarcelados y luego su existencia en libertad. Ese amor carcelario, ese constante ir y venir de cartas –a través de vías oficiales, pero muchas otras clandestinas- constituyó uno de los núcleos centrales de vida para ambos en cada prisión, un motivo de lucha y de supervivencia. Un largo, larguísimo cortejo.

No obstante estas briznas de vida, por otro lado bastante frecuentes entre presxs, el tribunal les condenó a pena de muerte (fueron condenadas a muerte 5 mujeres y 4 hombres).

“Cuando nos llevaron de vuelta a las cárceles íbamos todos en el mismo camión. Primero dejaron a los hombres en Porlier y luego nos llevaron a nosotras a Ventas. Me acuerdo que Ángel me dio un abrazo muy fuerte y me dijo: bueno, Manoli, hasta muy pronto. Hasta muy pronto. Nunca se me olvida aquello y se lo he recordado a menudo. Hasta muy pronto, decía, y tardamos más de dieciocho años en volver a vernos.”⁵

Manolita, como mi padre en su prisión, pasó 4 meses y medio en el “sótano de penadas” de la cárcel de Ventas. Si algo recuerdo de sus recuerdos de esos meses extremos, en que esperas que te fusilen y que aguardas a que te conmuten la pena, es la relación con las otras compañeras condenadas y con el resto de presas que desde las distintas galerías estaban en permanente relación saltándose –con peligro de castigo, o del muy temido corte de pelo al cero, símbolo terrible de la humillación para cada presa- las estrictas normas impuestas de aislamiento. Pero otro recuerdo obstinado es la minuciosa actitud de crueldad de una de las monjas, una de origen alemán, Sor María de los Serafines: Manolita, al disponer de un cierto bagaje académico fue destinada a trabajos forzosos en la oficina de la cárcel (la mayoría de las presas harían trabajos forzosos en talleres de costura); Sor Serafines, en un grado insondable de perfeccionada condición para la barbarie, se dedicaba con cierta frecuencia a llamar a Manolita, entrando en la galería de penadas a las horas habituales de las “sacas” (cuando las presas eran llamadas por su nombre para ser fusiladas) alrededor de las 11 de la noche, con la cárcel ya a oscuras. En cada ocasión, Manolita se despidió de sus compañeras, arregló sus cosas y salió... para encontrarse cada vez con que la monja decía no encontrar una factura, un estadillo, un apunte... y la mandaba de nuevo a acostarse entre tinieblas.

El 19 de octubre del 43 la pena fue conmutada a la mayor parte de los hombres y todas las mujeres de su expediente; no obstante, dos compañeros cayeron fusilados esa madrugada en las tapias del cementerio del Este. Esa combinación de alegría y de infinita tristeza se convierte en el sustrato de la vida en la cárcel: la contradicción constante entre realidad y deseo.

Ventas, como luego el resto de las cárceles, fue un ámbito organizado. Las mujeres se organizaron políticamente por partidos, estableciendo espacios de militancia, de discusión de lo que pasaba, de diseño de estrategias de resistencia frente a la dirección, de apoyo entre mujeres. Fue también un espacio de estudio, una “escuela moderna”, una comunidad de aprendizaje donde cada quien aprendía y enseñaba. A medida que pasaba el tiempo, la organización se depuró y se hizo más eficaz, con sus propias comisiones de arreglos de limpieza, de distribución, de contactos con el exterior o para acontecimientos festivos o culturales. La labor de las familias, sobre todo de las mujeres de las familias –encargadas expresas o no de los cuidados de sus hermanas, madres, hijas, amigas encarceladas- fue clave,

5 Antonio Gómez, obra citada.

no solo para mantener a las reclusas con algo más de comida que el rancho terrible de la cárcel, sino por suponer un constante contacto con el exterior, un apoyo solidario arriesgado y permanente para las presas, una suerte de correo entre “dentro” y “la calle”. Sin su sostén cotidiano, la historia de las cárceles hubiera sido otra.

Las mujeres vivían en comuna, en “familia”, compartiendo en grupos todos sus bienes, las que recibían paquetes con las que no, las que tenían cartas con las que no tenían. Una extraordinaria red de mujeres se multiplicó por el territorio: las presas vascas se encontraron con hermanas postizas en Cádiz, las andaluzas en Segovia... Unas historias de relación solidaria que constituyó un vínculo afectivo para la vida: esta trama de apegos contiene un portentoso valor político, más allá de las cajas de resistencia propias del movimiento obrero, por ejemplo. Se trata de un tramado generador de nuevas relaciones, un telar feminista, consciente o no.

Durante su cautiverio, las presas no solo fueron sometidas a la falta de libertad, a la humillación, a las penurias del frío, de la falta de lugar donde dormir, de intimidad o de comida. Además, al igual que los presos, durante todos los años que cada una pasó encarcelada fueron trabajadoras forzosas a cambio de un mínimo peculio. Las mujeres sobre todo estuvieron destinadas a la confección de piezas de vestir en los talleres carcelarios: mano de obra trabajando para un régimen que despreciaban. Pintada en sus paredes encontraban la frase carcelaria: “En este lugar rige la disciplina de un cuartel, la seriedad de un banco y la caridad de un convento”.

Y no solo: todas recuerdan como igualmente terrible la obligación de asistir constantemente a los servicios religiosos, con independencia de sus creencias. Constituía, pese a la justificación de las autoridades carcelarias y religiosas, no un mero ejercicio para salvar sus “almas descarriadas”; se trataba, una vez más, de una muestra insidiosa de castigo permanente en el intento de domeñar seres rebeldes. Por cierto, con muy escaso éxito.

El ejercicio de represión y hostilidad de monjas y funcionarias fue permanente, a pesar de algunas excepciones.

“En la cárcel te castigan un montón de veces por lo que sea. Recuerdo que una vez, al principio de estar yo en la cárcel, me llamaron a comunicar porque había llegado mi madre, y una funcionaría, que era tan mala que le llamábamos la Drácula, me paró. ¡Quieta! me dijo, porque iba corriendo. Mi madre no me pudo ver aquel día. Aquella funcionaría me castigó por lo menos quince días a fregar las galerías, de rodillas, porque entonces no había fregona. Solo por correr al ir a comunicar.”⁶

6 Antonio Gómez, obra citada.

Manolita estuvo hasta 1946 en Ventas, cuando fue trasladada como castigo a la prisión de mujeres de Málaga. El castigo, que dispersó a mujeres por Saturrarán, Amorebieta, Córdoba, etc., era el resultado de la reciente huelga de hambre ocurrida entre las mujeres reclusas de Ventas. El castigo no era menor: se trataba de alejar a las mujeres de sus fuentes fundamentales de apoyo, de sus familias, que –dada la situación económica- con mucha dificultad podrían trasladarse con sus presas a sus nuevos destinos. Y así fue en el caso de Manolita: su madre Alicia, que había venido a Madrid para atender a su hija desde Bilbao, no pudo acompañarla a Málaga carente de condiciones económicas para hacerlo y regresó a su ciudad.

La prisión de Málaga estaba ubicada en el caserón de La Goleta, un antiguo correccional y hospicio junto al río, en condiciones deplorables, actualmente sede de la policía municipal. En 1945 eran casi 4.000 mujeres. Tenía un patio central, no muy grande, y una azotea a las que las mujeres salían a tomar el sol. Las condiciones de pobreza eran mucho mayores que en la cárcel de Ventas, y el apoyo posible de familiares y amistades era menor precisamente por ello. Muchas mujeres presas estaban recluidas por su actividad en la guerrilla (el denominado “apoyo a huidos”), en una zona donde ésta estaba muy presente. La llegada del contingente de Ventas después de un traslado de un mes por las cárceles de Alcázar, Córdoba y Linares constituyó un estímulo; se potenció la labor de “escuela” con un objetivo claro: ni una mujer analfabeta. Sin embargo, las condiciones físicas eran realmente terribles, insalubres, sin agua, con una comida escasa y de muy mala calidad. Y en un territorio con una gran resistencia popular, y una consiguiente durísima represión en paralelo.

Dos años después, en 1948, se produce un nuevo traslado a Segovia. La prisión central de mujeres de Segovia es un lugar duro, hostil. Como decía antes, Málaga contaba con condiciones aún más pobres, pero la luz, el sol, el clima habían atemperado la situación. Segovia resulta metálica, rocosa, heladora en sus larguísimos inviernos. A cambio, la organización de las mujeres es mucho más estable. Ciertamente, muchas han ido saliendo “a la calle”, pero algunas se han incorporado y las que permanecen, unos cientos, se conocen, saben desenvolverse, tienen una relación más fácil con el partido y con el exterior. Además, para Manolita pone en cercanía a su familia de Madrid y su madre puede una vez trasladarse desde Bilbao a visitarla brevemente, poco antes de morir. También se reencuentra con amigas y compañeras que como ella habían sido diseminadas por distintos recintos.

Muchas veces relatado, uno de los grandes sucesos de la cárcel de Segovia fue la huelga de hambre. Producida a la postre por la denuncia de una presa sobre las condiciones de vida internas ante la visita de una delegación chilena, la presa fue luego llevada a celda de castigo y el resto de reclusas exigieron su salida a la dirección. Ante la inflexibilidad del director, las presas políticas comenzaron una huelga de hambre, a pesar de su salud muchas veces quebrada, del frío, del miedo. Se trató de un acontecimiento espontáneo, sin ninguna

preparación previa, y todas las presas políticas –y algunas presas comunes- se incorporaron a la huelga. Era enero de 1949.

Aunque fueron luego severamente castigadas con semanas o meses en celdas de castigo, lo cierto es que hubo un antes y un después en el trato de la dirección. Cientos de anécdotas salieron de esos días brutales: Mari Blázquez, embarazada de más de siete meses y a punto de ser trasladada a la Prisión Maternal a Madrid, haciendo igualmente huelga frente a la presión de la dirección y sobre todo del cura, que la tildó de criminal; Paquita Molina, destrozada por la disentería, recién llegada de Saturrarán, pero entrando en celda donde de formas inauditas lograron pasarle leche a través de una canilla; Manolita, tres meses castigada en aislamiento, pero a la que logran pasar un libro, un tratado de Ornitología de cerca de mil páginas que leyó y releyó esos días interminables y que recordó siempre como su mejor aliado en la soledad y en el hambre. Era su segunda huelga de hambre, tras la de Ventas, y se convirtió en una experta en pájaros.

Salieron depauperadas de las celdas, pero muy fortalecidas. El hecho tuvo repercusión internacional y la solidaridad se volcó en apoyo. Fuera, “en la calle”, la terrible represión de los 40 desembocaba en los viscosos 50, agotadores, largos; las mujeres siguen trabajando horas interminables en los talleres, Manolita continúa en la oficina; luego en la noche todas tejen prendas de ganchillo o bordan, a oscuras en sus catres, para conseguir algún dinero extra que les permitiera comprar algo en el economato de la prisión, o encargarlo fuera y hacerlo entrar por redes clandestinas o gracias a la solidaridad de alguna funcionaria. Permanecen unos cuantos cuadernos de labores, con las claves de cómo hacer cada prenda, un paño, un mantel, unas mañanitas, una colcha... Y entre las claves de labores, ilegibles ahora, otras claves escondidas, indescifrables para las autoridades carcelarias y para nosotrxs: noticias provenientes del penal de hombres de Burgos, de Mundo Obrero, de la Pirenaica. Un universo en un lenguaje para el que ya no tenemos traducción.

Este tejer y esperar la libertad nos evoca la *hipomené* griega: las mujeres “fecundas en ardidés” como Penélope, produciendo punto a punto un espacio de futuro, fabricando en cada hilván el tiempo que necesitan para seguir adelante. Esos paños, esas *labores*, muchas aún conservadas por familiares y amistades, parecen el lienzo de la memoria; tejiendo, estas mujeres militantes encuentran en cada pespunte ámbitos comunes, reconstruyen conversaciones, recomponen las razones de su resistencia, sus biografías y la biografía de su lucha. Parafraseando a Santiago Alba,⁷ trenzan trabajosamente el gran lienzo de su narración revolucionaria y laica, afirmándose subjetivamente de este modo, apuntalando para el futuro nuestra conciencia prendida entre alfileres. Nos han fabricado el tiempo que luego nosotrxs, lxs descendientes, habríamos de necesitar para culminar -¿felizmente?- nuestra propia aventura.

7 Santiago Alba Rico, *Leer con niños*.

Los años pesan, la larga duración de los cautiverios hace que la vida se diluya entre los dedos de las manos. No es una parábola, es una noche interminable; y la duración de esa noche es la mayor parte de la vida hasta entonces. En las notas de sus cuadernos Manolita escribe: “qué ganas tengo de salir”; “¿cuándo saldré...?”, “cinco meses castigada sin carta de Ángel...” “me he visto canas...”. Entró en la cárcel con 21 años y ahora tiene 33, 34, 35... Lleva más tiempo presa del que recuerda libre. Muchas compañeras, amigas, van saliendo tras cumplir larguísimas condenas, el grupo de presas se reduce.

En 1956 llega el último traslado: el grupo de presas políticas que permanece en Segovia es trasladado a la prisión de mujeres de Alcalá de Henares. Monjas de San Vicente son ahora las funcionarias en una prisión donde ya no serán mayoría entre la gente reclusa. Sin embargo, entran detenidas algunas mujeres, procedentes de casos de los años 50, y su llegada permite renovar espíritus y cambiar procesos. La organización carcelaria, con los desgastes propios del tiempo, permanece indemne: las mujeres siguen viviendo en comunas, continúan en las escuelas permanentes, siguen trabajando en los talleres y siguen bordando y tejiendo en las noches. Las familias y las amistades de fuera tienen alguna posibilidad mayor de apoyo.

Pero ahí están, veinte años después del fin de una guerra que han perdido. Han conseguido permanecer con los ojos abiertos sin dejarse derrotar; han sido actoras del mundo y sus testigos, sin caer en el odio ni en la desesperación.

V. La excarcelación. *Mujer de preso.*

“¡El orden reina en Berlín! ¡Ah! ¡Estúpidos e insensatos verdugos! No os dais cuenta de que vuestro orden está levantado sobre arena.” (Rosa Luxemburgo)

Ángel salió en marzo de 1960 a consecuencia de un indulto. Iban a encontrarse de nuevo, después de casi dos décadas. Manolita lo cuenta así:

“...recibí un telegrama de Ángel en el que me decía "ya soy libre". Inmediatamente que salió en libertad fue a verme a Alcalá. Yo ya tenía cuarenta años, no los veintidós de cuando él me conoció en el juicio, y no me había visto desde entonces, excepto por alguna foto que nos hacíamos el día de la Merced. Yo no sabía qué hacer ni que ponerme, las compañeras me dejaron una blusita blanca para que me la pusiera debajo de la bata que llevábamos. No podía ser nada más que blanca, porque nos estaban prohibidas las de colorines, pero así, por lo menos, me saldría un poco de blanco por encima del cuello de la bata. De lo que no había forma era de pintarnos, porque no teníamos pintura ni nada, y el pelo lo tenía mal cortado, que me lo arreglaba alguna reclusa; primero había tenido trenzas, pero luego tuve que cortármelas porque se me caía mucho el pelo. Y los nervios. Entré al locutorio y detrás de mí estaban todas mis compañeras, unas quince que debíamos quedar en aquella época, todas llorando. Y la funcionaria que apuntaba para comunicar, que era un bicho venenoso, ¡pero

qué elegante estás!, decía, he visto a su marido -porque todas estaban convencidas que era mi marido, aunque aún no lo era- y qué elegante va. A pesar de las fotos casi no le reconocí. Él tenía el pelo blanco, porque encaneció muy joven. Pero yo ni sabía cómo hablaba. Solo le había visto el día del juicio y ya habían pasado dieciocho años.”⁸

El 11 de junio de 1960 Manolita sale en libertad condicional desde Alcalá de Henares. A la puerta la espera su compañero, Ángel. Había estado presa 18 años y medio, tenía 40 años, pesaba 40 kilos, una tuberculosis renal, una grave lesión en el útero como consecuencia de la tortura, había perdido todos los dientes por piorrea, fiebres reumáticas adquiridas en la humedad de las celdas que provocarían insuficiencia cardíaca... Como tantas otras, salía a un mundo que ya no conocía y que no se parecía nada al que había deseado. En sus propias reflexiones escritas para Giuliana di Febo en 1977, dice que fue consciente a los pocos días de que salía de una cárcel pequeña para integrarse en una mayor, que ocupaba todo el territorio.

Sin embargo, era diferente: en pocos meses engordó 15 kilos, se quedó embarazada, encontró un trabajo del que poder sobrevivir y se incorporó a la lucha clandestina. En su partido deciden que se dedique -junto a otras militantes- a la constitución de una organización propia de las mujeres en Madrid, un primer espacio autónomo con un carácter diferencial. Al mismo tiempo, continúa con el apoyo a las redes de las presas y presos, generando un cierto salto que permitiera impulsar la solidaridad desde el exterior. Mientras esto ocurría, como seguía en libertad provisional, estaba obligada a presentarse en comisaría cada dos semanas.

Los acontecimientos se precipitaron: en noviembre de 1962 detienen a Julián Grimau, responsable del PCE en Madrid -al que fusilan a los pocos meses-, y en diciembre de ese año su compañero Ángel es igualmente detenido junto con otros compañeros. Empieza entonces una nueva etapa, la más dura de su vida según sus palabras: sola con su hijo de 15 meses, embarazada por segunda vez -aunque el embarazo se malogra a consecuencia de los maltratos de esos días-, expulsada inmediatamente de su trabajo a consecuencia de la detención, comienza otra larga noche, la de atender a su compañero y con él al conjunto de presos a lo largo de toda la década de los 60.

Las mujeres de los presos, sus hermanas, sus madres, han tenido un escaso reconocimiento al hablar de la lucha antifranquista. Su historia parece menor, oculta por los acontecimientos “mayores” de la tortura, la muerte, los fusilamientos, la cárcel. Sin embargo, sin su presencia explícita a las puertas de las prisiones, en las calles, sosteniendo la brega cotidiana por la vida en cada barrio, nada de esto podría ser contado. Su lugar se desdibujó de la historia con la Transición, cuando incluso sus compañeros militantes las desconocen;

8 Antonio Gómez, obra citada.

como decía Tomasa Cuevas, “de repente me sentí políticamente inexistente”. La organización de las mujeres de los presos supuso no solo un medio de socialización de la lucha y de soporte básico para la organización en la clandestinidad y en la cárcel, sino que fue erigiéndose como un ámbito posible de conciencia feminista.

Manolita participa entonces muy activamente no solo en la mera labor desde la denuncia y la reivindicación de los presxs políticxs en España, sino en la conformación de un nuevo espacio, el Movimiento Democrático de Mujeres; junto con Dulcinea Bellido, Carmen Rodríguez, Antonia López, Natalia Joga...más tarde con Felicidad Orquín, Merche Comabella, etc. Un primer espacio de mujeres, incipientemente feminista, con su propia agenda.

No fueron tiempos fáciles: dos o tres veces al año rumbo a Burgos, adonde su compañero había reingresado tras un mes de tortura en la DGS de nuevo, y unos meses en la cárcel de Carabanchel a la espera de juicio. De nuevo un tribunal militar (el último juicio antes de la creación del Tribunal de Orden Público), los traslados forzosos, las noches en vilo esperando su propia detención, el niño pequeño...

Burgos había sido como Segovia la cárcel de hombres por antonomasia y lo seguía siendo. Un clásico edificio carcelario, unos patios, las galerías con los catres.... Y el frío, en medio de la estepa castellana, a un kilómetro de la parada de bus más próxima, por una carretera interminable por la que las mujeres avanzaban con sus hijxs en brazos o de la mano para llegar a amontonarse en la puerta, dar el paquete en la ventanilla al funcionario de turno (ese don Virgilio, todo ruindad), la entrada al locutorio donde los presos juntos ya esperaban tras la doble reja, la conversación de 15 minutos entre gritos, a distancia... Y luego la nada, la salida, la vuelta por la carretera, las manifestaciones exigiendo amnistía, la continuidad de las visitas a obispos y arzobispos, la comunicación con la recién creada Amnistía Internacional... Incluso llegaron a entrevistarse con el ministro falangista José Solís Ruiz, que para colmo las llamaba *camaradas*.

Tres veces al año los niñxs entrábamos.⁹ Pasábamos cancelas, tras las cuales los funcionarios nos detenían, nos desnudaban, nos registraban concienzudamente y nos tiraban en medio del patio, donde esos hombres casi desconocidos que eran nuestros padres nos recibían con una incontenible emoción... Días extraños, la ternura desde la contención, la convivencia entre rejas. Recuerda Manolita:

9 Los niñxs podíamos pasar al interior de las cárceles a ver a nuestras madres o padres por unas horas en tres ocasiones: el día de Reyes; el 16 de julio, día del Carmen; y el 24 de septiembre, día de la Virgen de la Merced, patrona de las prisiones.

“Estar a la puerta de la cárcel también es muy duro (...) Recuerdo que en la puerta de Burgos se me helaba toda la cara y no podía ni hablar aunque fuese muy abrigada, y a mi hijo la de veces que le he tenido que llevar en brazos aunque tuviese ya cuatro años, para que no se helase por el camino, (...) Y estás allí en la puerta para te digan que ese día, un día de la Merced, por ejemplo, los niños no podían pasar, después de haberles llevado de Madrid a Burgos para que estuvieran un rato con sus padres. Pero ese día los niños no pasaron, porque los presos habían dicho que los niños no pasaran, ya que habían castigado a dos compañeros, por tratar de que desapareciera del reglamento la cláusula que les obligaba a ir a misa. A todo esto, la puerta del penal estaba llena de madres con niños. El funcionario de prisiones me llamó. Era bastante mala persona pero a mí me tenía bastante respeto. (...) Llegué a la ventanilla de paquetes y me dijo que mi marido había dicho que pasara al niño. Le pregunté: ¿mi marido ha dicho que pase el niño? Sí, sí, ha dado recado de que pase al niño. Pues dígame a mi marido que el niño no pasa. Pero bueno, señora, es que su marido quiere ver al niño y si él dice que le pase tiene usted que pasarle. Dije: sí, pero como resulta que el hijo está conmigo en este momento no pasa, dígame usted a mi marido que el niño no pasa, a menos que dejen pasar a todos los niños que están aquí con el mío, o que salga él mismo a buscarle aquí a la calle. Yo sabía que era mentira, porque Ángel no dice que pase el niño si han tomado la decisión contraria. Lo que sucedió es que el funcionario quería ver si así rompía la unidad que teníamos, tanto las mujeres de los presos como los presos mismos. Además, ¡qué salvajada, que yo pasara a mi hijo mientras el resto de las madres no podían!”¹⁰

Luego, aquel día las mujeres de los presos y sus hijas e hijos hicimos una manifestación en Burgos, por la Avenida del Espolón, a las doce de la mañana, cuando más gente había, ante su mirada atónita. Cuando la policía llegó para disolverla, era noticia en todas partes. Los presos ganaron su pulso a la dirección.

El mundo en los 60 había cambiado: quizá en parte había dejado vidas atrás, pero al mismo tiempo el proceso de proletarización acelerada del desarrollismo de los 60 no solo llenó la carretera de Seat 600 y las casas pobres de pequeños electrodomésticos pagados con letras; también se produjo una inmediata repolitización, un desarrollo generalizado del movimiento obrero que se fue abriendo cada vez más a luchas, a tomas de fábricas, a huelgas y a plantes. Las últimas décadas del movimiento obrero en el estado español se abría a nuevas gentes, a nuevas ideas, a realidades lejanas... Mujeres y hombres de otras generaciones se aventuran en sus propias biografías de lucha y encuentran a la generación anterior, que aparece ahí como referente excepcional.

Manolita se encuentra entonces en una nueva etapa militante: por una parte, en la organización y gestión del apoyo a las personas presas; por otro, atendiendo a jóvenes universitarias, a mujeres obreras recién incorporadas a la lucha a través de las primeras comisiones obreras, a nuevas vecinas de tradición cristiana a las que acompaña en las

10 Antonio Gómez, obra citada.

parroquias del padre Llanos, del padre Gamo, del padre Jiménez de Parga... Se sientan las bases de las grandes movilizaciones de finales de los 60 y los 70.

Ángel sale de la cárcel al final de la década, animoso pero físicamente deteriorado, y con más de 60 años: en total ha pasado más de 26 años entre rejas. Sin embargo, aún tienen tiempo de emprender proyectos comunes como de eternos recién casados. En tanto, continúa la militancia, y la policía sigue rondando en la pequeña casa de Canillejas en la que viven. El estado de excepción decretado por el régimen en enero de 1969 (el octavo de la dictadura, pero el primero de ámbito estatal declarado por el franquismo desde el fin de la guerra) viene aparejado con nuevas detenciones para la familia, idas y venidas a la comisaría del distrito y, una vez más, a la DGS. Pero algo ha cambiado, el miedo empieza a cambiar de bando y el vecindario se moviliza, apoya cada salida, se opone a la llegada de los coches patrulla, cuida del hijo cuando es necesario... Se trata de detenciones cortas, pero constantes. Algunas de las estudiantes bajo la responsabilidad de Manolita son también detenidas, y luego juzgadas por el TOP, y encarceladas en Yeserías, en Segovia, en Zamora... El ovillo sigue engordando, el mismo ovillo que ella misma había empezado 30 años antes.

VI. La Transición y el asentamiento del régimen del 78.

“Vivir no es tan importante como recordar. Lo espantoso era no tener nada que recordar, dejando detrás de sí una cinta sin señales.” (María Teresa León)

Las movilizaciones, las huelgas y manifestaciones antes e inmediatamente después de la muerte del dictador convierten esa etapa en un momento político único. Manolita, como muchxs militantes activos en el interior, modulan sus propuestas alrededor de la posibilidad de ruptura democrática: el desmantelamiento del régimen franquista a partir de un esfuerzo sostenido y continuado de lucha en los distintos ámbitos posibles. Es decir, en las fábricas donde el movimiento obrero ha adquirido un músculo rotundo, en las universidades, en el movimiento ciudadano, en el movimiento feminista, etc. Como en su juventud, los días vuelven a ser vertiginosos y participa activamente en la Agrupación de Sanidad del PCE, en la asociación de vecinxs y con los grupos de apoyo a lxs presxs que aún permanecen en prisión. Sin embargo, la situación deviene por otros derroteros, la territorialización del partido impuesta por el aparato proveniente del exterior desactiva procesos movilizadores existentes y la apuesta por la reforma pactada que supone la Transición hace languidecer las esperanzas.

Las elecciones de junio de 1977 son, en este sentido, una decepción relativamente inesperada: su partido no recibe los apoyos deseados tras tantas décadas de haberse mantenido en el centro de la resistencia y, de facto, los cambios imaginados son apenas esbozos de las expectativas generadas. Es difícil calibrar para militantes históricos que contaban ya cincuenta o sesenta años como se vivencia este proceso, en un difícil equilibrio entre la disciplina militante y el desencanto. Sin embargo, recuerdo que me admiraba la

fuerza que les proporcionaba pensar como pensaban, de manera que, cuando la realidad fue haciendo temblar los principios y las certezas, fueron encontrando pese a todo la razón primigenia. Su imaginación no había contemplado una sucesión de derrotas tan estridentes ni la posibilidad de perder derechos o conquistas tan dilatadamente peleadas. En todo caso, la mayoría de ellxs continuaron con su compromiso, muchxs dentro de los movimientos en que habían participado, otrxs tantos en el caso del PCE en las nuevas agrupaciones barriales y luego en Izquierda Unida.

Para Manolita, la agrupación de su barrio nunca fue un espacio de militancia. Por razones diversas, no encontraba en ese ámbito manera de continuar sintiéndose partícipe de la vida política. Colaboró activamente en la creación de una cooperativa de trabajo en la que permaneció hasta su retirada laboral y cuidó hasta su muerte a su compañero, que desapareció tempranamente en 1982, aquejado de las dolencias de sus años de prisión. Qué paradoja, de los 40 años que habían mantenido de relación, apenas habían podido convivir juntos en libertad 14 años. Continuó trabajando duro, sobre todo después de su jubilación, en el Área de Internacional de su partido, además de descubrir un nuevo espacio de apoyo en la solidaridad con la revolución sandinista, auspiciado por el hecho de que yo vivía en ese momento en Nicaragua.

Recuperó la relación con antiguas compañeras que había conocido en Madrid formando parte de las Brigadas Internacionales y pudo visitarlas en Gran Bretaña, en Alemania, en Francia... Mantuvo una estrecha relación con los movimientos de solidaridad internacional y siguió como socia de honor en Amnistía Internacional, que tanto colaboró con ella en los 60, cuando mi padre fue el primer preso español antifranquista al que defendieron y apadrinaron.

Durante los últimos años, ya con los achaques propios de la edad y las consecuencias de los años de cárcel siguió activa ante la realidad, curiosamente rodeada de gente joven. Y constituyó en este sentido para ella un elemento extraordinario en términos políticos y afectivos que la asociación de mujeres feministas Colectivo Sororidad la nombrara presidenta de honor. Apenas dos meses antes de morir tuvo un último encuentro con las compañeras que formaban parte del Colectivo que fue el postrero gran regalo de su vida. ¿Qué le unía con esas mujeres que podrían ser sus nietas? Creo que tenía que ver con una manera particular de entender la vida, de afrontarla y de intentar elegir; con la no sumisión, la no aceptación de lo que pasa, la lucha, la rebeldía, la resistencia.

VII. En conclusión.

Cada persona deja su legado, como es obvio. Cuando además las circunstancias y las decisiones de la vida te sitúan en un espacio de intervención pública sostenida, ese legado trasciende lo estrictamente personal; esto es evidente, aunque apenas se ha hecho expreso,

para una generación desconocida y silenciada de mujeres y de hombres cuyo olvido es una de las mayores vergüenzas de la Transición española. Sobre todo, por cierto, para las mujeres.

En el caso de Manolita, para quienes la conocimos, quizá el legado al recordar su vida tiene que ver con elementos tales como el compromiso y la coherencia con la vida, por ejemplo, que le permitieron vivir con sencillez y discreción también sus propias contradicciones y las ajenas y tratar de no sucumbir a ellas, avanzando en aspectos que hicieron de ella hasta el final una mujer *moderna*. Unido a ello, manifestó en general una enorme actitud de respeto ante la diversidad y los demás; una actitud que yo siempre entendí como “republicana”, propia de una generación que tuvo la posibilidad de derribar barreras en muy pocos años y activar las relaciones con multiplicidad de gentes; eso le evitó disgustos de apreciación que podrían haber estado más ligados al sectarismo, aunque como todo esa militancia crecida en los ritmos del estalinismo, no fue ajena a ello.

Otro elemento constituyente tiene que ver con otra actitud, también republicana en su amplia acepción, la alegría de vivir. Como indica Sergi Pàmies,¹¹ hay instalado en el imaginario colectivo una cierta imagen que evoca a lxs militantes antifranquistas permanentemente ocultos en cuartos escondidos y lóbregos, con identidades ficticias y un gesto de conspiración en la mirada; pero lxs militantes también reían, cantaban y bailaban. En su caso, esto además le permitió observar en cada pequeño avance, en cada pasito, en cada pequeño acontecimiento una oportunidad de ser más felices. Y ello le dejó optar sin sufrimiento, ejercer esa facultad deliciosa de elegir hasta el final.

Finalmente, y como ya se ha mencionado, la insumisión, la rebeldía, el cuestionamiento del orden existente, la posibilidad de mejora, la lucha contra la ignorancia y la injusticia, es decir, la resistencia, es la fuente principal del relato. Mejor dicho, la reconstrucción de un relato colectivo desde el punto de vista de la lucha por una democracia de alta intensidad y un cambio de sistema social y económico parte precisamente de la vindicación de la resistencia como motor creativo.

“Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas”.¹² Por ello la memoria institucionalizada es siempre aquella que más y mejor sirve los intereses de la dominación, y de ahí la pretensión de todo poder de decretar qué partes de la memoria pueden y cómo deben ser recordadas, como igualmente cuáles deben ser imperativamente olvidadas.

11 Sergi Pàmies, Canciones de amor y de lluvia.

12 Jacques Le Goff, *El orden de la memoria*.

Manolita me dijo en una ocasión ante una foto suya entre un grupo de mujeres encarceladas en los primeros años del franquismo: “¿Has mirado bien esta foto? ¿Has mirado bien las caras? No son caras furiosas ni tristes, ni tampoco de alegría; apenas dejan ver ninguna emoción. Son miradas de contención. Están mirando más allá de sus torturadores. Y para que no se olvide”. Al recordarlo ahora pensamos que una gente capaz de orquestar la muerte mecanizada y la desaparición de decenas de miles de personas y la violación en masa en las prisiones, y después diseñar su propio olvido, debe inevitablemente saquear mucho más. Tal como fue.

La rehabilitación de la militancia resistente requiere un amplio, sosegado e innovador proceso que nos lleve a la recuperación política, cultural, simbólica... de la memoria global de las mayorías, a partir del cuestionamiento de los principales ejes de poder (de clase, de género, de origen étnico, etc.) que han pretendido convertir a lxs resistentes en elementos para el olvido, o quizá peor, para el leve recuerdo o la nostalgia. Abordar nuestra memoria es abordar nuestro presente y nuestro futuro: colocar nuestras visiones y nuestras maneras de entender la vida y el mundo en el centro del relato colectivo de este país, y en particular de sus ciudades y sus pueblos. Y ello va mucho más allá de la exigua legislación actual y de las reivindicaciones –necesarias, pero insuficientes– de justicia y reparación.

Este camino complejo de construcción colectiva casi desde los márgenes podría generar reconocimiento, práctica política, diseminación de los saberes y co-aprendizaje. Para ello, su abordaje debe estar amparado con el relato ahora aparentemente difuso y diseminado de la resistencia en propuestas educativas, culturales, de gestión de espacios públicos ligados a la memoria histórica, de *ocupación* de los espacios formales (museos, bibliotecas, centros de investigación, etc.). Esto trae hacia nosotrxs la tensión entre la emancipación individual y la emancipación colectiva, relacionando pasado, presente y futuro de las luchas individuales y comunitarias como elementos cruciales de nuestra “manera de ser”.

&&&